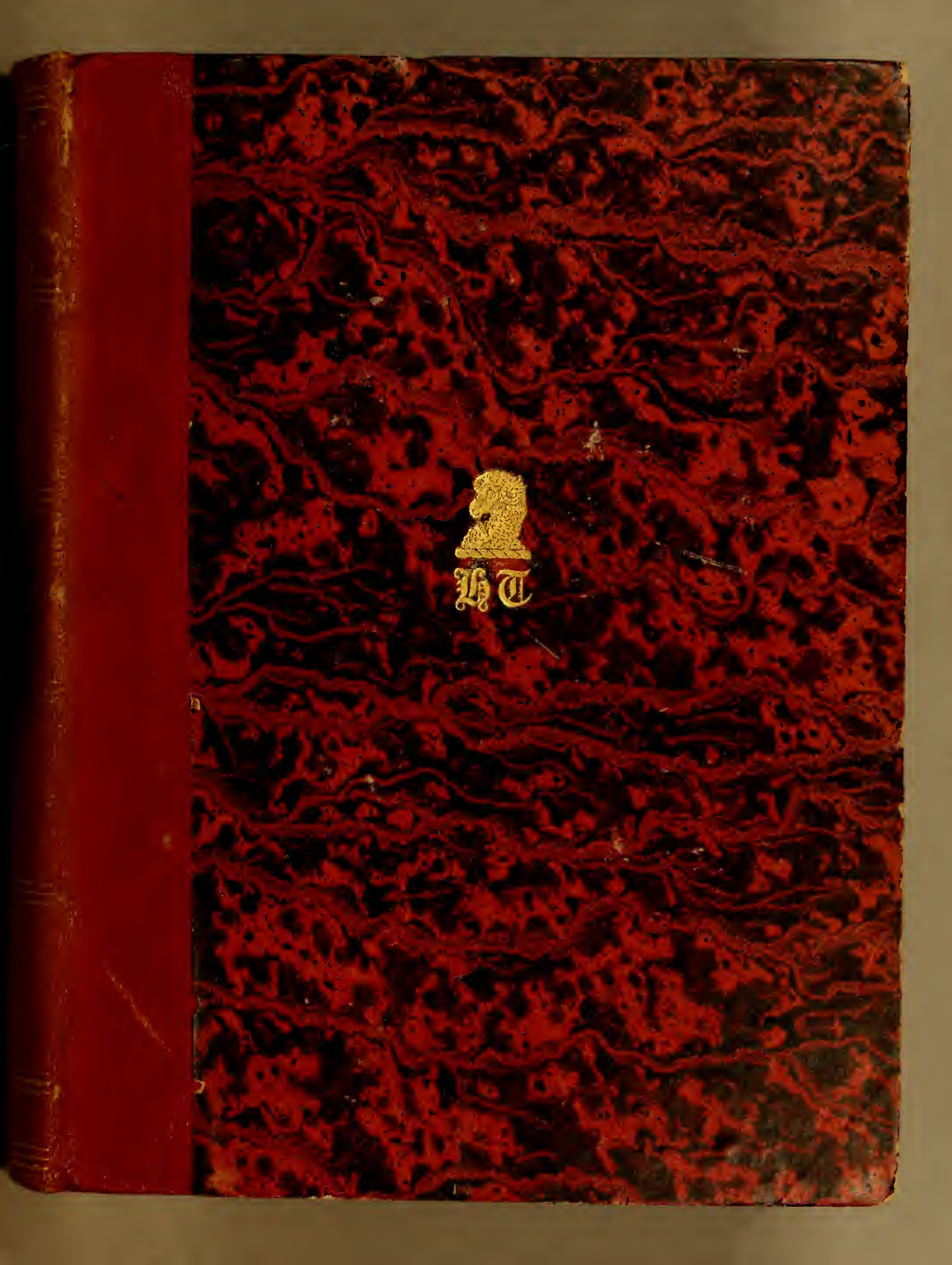
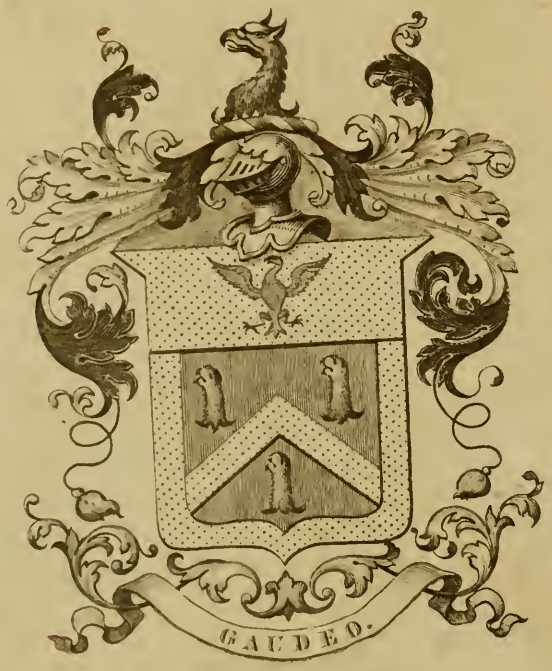




John Carter Brown.

HT-C.
C. 6.

Nº 1. Copia del Informe en . . . — . 1812
2. Gloria en Triunfos contra las Armas Britanicas del Gen Liniers. — . . Lima. 1808
3. Que es lo que mas importa a España. ? . . . . . Cadiz - 1808
4. Sentimientos de un Americano Español. . . . . Lima. 1808
5. Coleccion de los Papeles Patrioticas de la Ciudad de la Paz. — " — 1808
6. (Lo mismo que el Nº 4.)
7. Papel Politico: Las Conquistas de Napoleon. . . . Buenos Ayres. 1808
8. El Arbol. (Poema) . . Lima . . 1809
9. Compendio del Derecho de gentes natural en. Por D. P. Bolaños etc. " — 1809
10. Proclama à los Españoles etc. del Apicano Abeanumeya Rasis " 1809
11. (Carta del Obispo de Orense) Bs Ayres — "
12. (Carta de Martin de Garay) ——— — "
13. Proclama del General Renovales Lima 1810
14. Villalta. Advertencias Anisitosas " 1811
15. Proposicion extraviada en — Cadiz. 1811
16. Arescurenaga. Panegirico . . Lima. 1810.
17. Gonzalez: Rasgos sueltos en. — Cadiz 1811
18. Exposicion de D. Dº. Mig. Bravo — " . 1811
19. Real orden sobre Asuntos de Chile Lima "

01333

LIXI.

Pueblos todos: el Dios de las venganzas alzó su brazo para castigar nuestros pecados, y la espada, que escogió para herirnos, fue *Napoleon Bonaparte*; mas ya parece, que aplaca sus iras, y determina arrojar al fuego el instrumento, de que se ha servido para nuestra correccion y enmienda. Imploremos, pues, la multitud de sus misericordias, y confesemos que su mano es fortísima é irresistible.

49.

PROCLAMA

A LOS ESPAÑOLES,

Y Á LA EUROPA ENTERA,

DEL AFRICANO NUMIDA

ABENNUMEYA RASIS,

de la familia de los antiguos Abencerrages, y doctor de la ley, sobre el verdadero carácter de la revolucion francesa, y de su xefe Napoleon, y sobre la conducta que deben guardar todos los gobiernos en hacer causa comun con los españoles, para destruir el de una gente enemiga por sistema y necesidad de todas las Instituciones sociales.

Obra traducida del árabe vulgar al castellano por

D. M. S. G. S.

REIMPRESA EN LIMA: AÑO DE MDCCCIX.

PROCLAMA

Entre las muchas catástrofes que forman la gloria de la republica francesa desde el punto en que se entregó á los caprichos del mas pérfido y cruel de los usurpadores, ninguna ¡ó europeos! presentará ménos pretextos y disculpas que la invasion á mano armada de los exércitos de aquella nacion en el territorio español, baxo las apariencias de la amistad y buena fé, de que hacian alarde en todas partes.

Hasta ahora no se habian visto aquella impudencia y descaro de la inmoralidad, que aspirando á divinizar los crímenes, consigue al cabo de cierto periodo romper los vínculos sociales que ligan á los hombres entre sí, y reducir á estos al estado de barbarie y ferocidad. La nacion francesa, es cierto que en 1789, y quando el sentimiento de una vergonzosa opresion la obligó á emprender el esfuerzo de su regeneracion, á que todos los pueblos tienen un indisputable derecho, llevó la fuerza de su energía y de su viveza natural hasta un exceso que no se habia creido, puesto que sin necesidad de haber destruido de quajo las mas sabias instituciones que se conocian en el mundo culto, y

sin haber borrado, como lo hizo, las ideas de órden y de justicia pública, pudo sin perjuicio de las grandes reformas que exîgia imperiosamente su estado civil y político, conciliar sus intereses con el reposo de las demas naciones. Pero confesemos que en medio de estas agitaciones, y de este vértigo de revolucion que se apoderó de la Francia, y que en su estado naciente la presentó como otro Hércules ahogando las serpientes que se conjuraban contra su exîstencia, no se advirtieron otros excesos ni otras demasías que las que naturalmente ocasiona la compresion de un gran cuerpo moral, quando una vez llega á romper los diques que han fabricado siglos de esclavitud y de tiranía. No, no se dirá que los franceses se hubiesen detenido en aquellos críticos momentos á maquinar á sangre fria y á urdir pérfidos planes para subvertir los gobiernos de Europa, cuya regularidad era la que mas acusaba, ó la que mas desacreditaba sus novedades; y quando la Austria y la Prusia fueron las primeras para hacer resonar la trompeta de la guerra, quando sus écos llegáron desde la Italia á Inglaterra hasta el Sena, y quando por último la España se halló comprometida como á pesar suyo á seguir la impulsion á que le arrastraba la gran masa de los demas gobiernos: la Francia mantuvo una actitud tan respetable como justa,

no obstante que tampoco puede decirse que las demas naciones faltaban á su deber, por que teniendo todas un igual derecho para su conservacion, todas tambien se hallaban autorizadas para concurrir con sus fuerzas á mantener el equilibrio político bien ó mal arreglado que se conocia en Europa, y contra el qual se dirigian de frente los ataques de la revolucion por un efecto de aquel instinto natural con que una fuerza, aunque sea ciega, y no tenga plan razonado, tira á destruir otra que se le opone.

No nos entrometerémos en calificar por lo demas las razones particulares que pudieron tener las demas potencias de Europa para emprehender una guerra que despues abandonaron, entregándose una en pos de otra á las oscilaciones de la desconfianza y de la irresolucion. Solo anunciarémos, y con toda seguridad, que no fué el equilibrio político de los gobiernos el objeto constante á que debian dirigir sus miras, y que no tardaron mucho en forjarse cada qual un plan de engrandecimiento peculiar dando lugar á la desunion, único Dios tutelar, al qual los franceses deben atribuir sus victorias.

Por desgracia no pudo en aquella época la España exercer en medio de la confederacion con las demas potencias el grado

de fuerza y de poder de que la hacian capaz su situacion natural, el valor y el talento de sus hijos, la firmeza de su carácter, y su constancia imperturbable para arrostrar los peligros y defender en qualquier trance la buena causa. Encadenada, qual estaba baxo la dominacion de uno de aquellos abortos del infierno, que muy rara vez presenta la naturaleza subiendo desde el cieno hasta los mayores tronos, no de otra suerte que los antiguos Titanes que quisieron disputar el imperio del mundo al mismo Júpiter: ¿cómo era posible que organizase sus exércitos y diese á sus operaciones una direccion segura y enérgica qual era necesaria, siquiera para que quedase sobre una respetable defensiva, ya que no le fuese dado verificar ideas mas vastas? No, no era la España que obraba entónces, la que, gobernada en otro tiempo por los reyes católicos, y ya libre de la dominacion de los moros nuestros antepasados, habia promovido las ciencias y artes, proclamado las primeras nociones de legislacion y economía, y llevádolas con sus estandartes hasta la culta Italia: no era la misma España, que á la voz de un Cárlos V. y de un Felipe II. derrotaba todo el poder de la Francia en Pavía, en San Quintin, y en otros muchos campos de vuestra gloria, y que al mismo tiempo enriquecia con la generosa profusion de sus exérci-

tos los paises en donde estos entraban, léjos de profanarlos, de talarlos y destruirlos, manteniendo contra los esfuerzos de la irreligion el equilibrio de Alemania, á pesar de la proteccion decidida que dispensaba la Francia á los innovadores: no era la misma España que, criando en tiempos mas venturosos una asombrosa marina mercantil y real, habia llevado sus banderas, sus conocimientos y sus mercancías á las últimas regiones del ocaso, para abrir un nuevo mundo, nuevas ideas, y nuevas necesidades á la imaginacion humana, y para medir con la del mundo la extension de su imperio; y no era en fin la misma España, cuyos doctores defendian la iglesia, cuyas leyes ilustraban la Europa, cuyos artistas competian con los mas célebres de la antiguedad, y cuyas naves cruzando desde el mediterraneo al mar pacífico y rodeando las primeras la tierra, lograron circunscribir todos los límites de la ambicion. Era mas bien, sí, digamoslo con confusion y vergüenza, un moribundo entregado á las manos de unos empíricos miserables que se encargaban de su curacion, pero sin plan ni sistema que los gobernase. Si alguna vez por una rara casualidad se presentaba en la escena uno ú otro de aquellos genios extraordinarios y benéficos que se proponen caminar impávidos hácia el bien, sin que los interrumpan mezquinas con-

sideraciones de miedo y de interes, al punto eran derrocados desde la misma cumbre de la confianza, á donde los habian conducido sus virtudes; porque el mismo genio del mal, el mismo tirano que los presentaba un momento á la expectacion general para entretenerla, ese mismo estaba en continuo acecho para iludirla siempre que le acomodase á sus intereses, valiéndose para ello mas de una vez del fanatismo de la religion, y de otros medios infames que inventó entre vosotros ¡ó europeos! la política de Maquiabelo.

Legislacion, economía, agricultura, artes, comercio, navegacion, marina real, exército de tierra, todo, todo se consagró á la ambicion y codicia de aquel monstruo; y puede decirse que todos los rios de plata que corrian desde el continente de América no llegaban al español, sino para hundirse en las simas impenetrables del mismo usurpador, que no contento con empobrecer la nacion, y reducirla á un miserable esqueleto, se atrevió á profanar la santidad de los palacios de los reyes, y á desmoralizar ó corromper el espíritu público, sacando en triunfo por las anchas plazas el espectro de la irreligion y de la incontinencia.

A él se debe la vergonzosa paz de Basiléa, y á él todos los desastres é inconsequencias en las operaciones militares que pre-

cediéron á aquel acaecimiento, y desde el qual la Francia revolucionaria empezó á dar pasos agitados hácia el imperio universal, pues que su glotonería no perdonó á la Italia, á la Flándes austriaca, á los paises de Holanda, y á una parte de Alemania. En todo le servia maravillosamente el codicioso monstruo, que engalanándose con el título de *principe de la Paz*, supo reducir á la nacion española con este prestigio á un estado de inercia de los mas funestos con respecto á la Francia, miéntras por otra parte la comprometia en una guerra naval eterna y destructora contra la Inglaterra.

En vano en 1799 trató la Rusia de despertar al gobierno español del profundo letargo en que yacia, y hacerle abandonar la forzada situacion de la alianza, ó mas propiamente la infame esclavonía con que le habia regalado la generosidad francesa, miéntras que esta por otro lado tenia suspendido su brazo sobre un rey iluso que no era árbitro de romper los grillos, que le habia puesto su favorito, ni de volver su vista hácia los males públicos de la monarquía para lamentarse de ellos, ya que no le fuese permitido entender en su remedio. Solo tenia libertad aquel desgraciado monarca para anunciar, como anunció á la Europa en la

respuesta ó manifiesto de San Ildefonso del 9 de setiembre del mismo año de 99: *que la Rusia, tratando de restituir la corona de Francia á la casa últimamente reynante, no hacia mas que turbar el órden público.* Así hablaba el nieto de Luis XIV. de aquel rey á cuya memoria debia la dinastía de España todas las consideraciones del agradecimiento no ménos que á la lealtad de la nacion, que con diestra vencedora la habia asegurado en su trono.

No solo se prodigaba este lenguage en obsequio *de la buena inteligencia y amistad religiosa* con los destructores del cristianismo, con los asesinos de la familia real, y con los enemigos de todas las instituciones morales y civiles; sino que además se degradaba la dignidad nacional con las órdenes que se daban por el ministerio para auxîliar á los alguaciles armados de la república francesa en la persecucion de los realistas de Langüedoc. Fué así que estos desgraciados insurgentes, fiándose despues de su dispersion á la salvaguardia del honor castellano, se refugiáron en España. Bien presto los reclamó el directorio: y el mismo que acababa de invocar el derecho de las gentes en favor de Nappertandi, fué obedecido en Madrid con la mas servil prontitud; y como si esta atroz violacion de la hospitalidad hácia los franceses mártires de su zelo por la casa del soberano que habian per-

dido, no hubiese bastado para la satisfaccion de sus perseguidores, se apresuró el ministro Urquijo por apurar los recursos de su genio, y convencer al embaxador republicano Guillemardet *de la complacencia infinita que tenia S. M. en entregar á los* verdugos del directorio, *los partidarios de Luis XVIII.*

¡Gran Alá!; era este el grado de gloria á que habia llegado el imperio heredado de Carlos V; Todas las reclamaciones de los sofistas revolucionarios contra las monarquías, los escritos de los filósofos de París, y las victorias de sus exércitos, eran ménos funestas al realismo, que la degradacion á que él mismo se abandonaba en muchos estados.

No hay que dudarlo. El espíritu de contemporizacion, y lo que se llama prudencia, son los agentes morales que mas estragos han causado en los gabinetes de Europa, introduciendo en ellos la discordia y desunion mas funestas, vuelvo á decir, que las pocas victorias que el talento militar ha dado á los franceses. Ya hace muchos siglos que el primero de los historiadores romanos, el gran Tácito, decia de estos mismos franceses, tratando de la invasion de su territorio por los romanos, aquella sabia sentencia digna de tenerse présente eternamente en nuestra memoria de *dum singuli pugnant, universi vincuntur.* En una palabra, aquel historiador político veia

la causa fundamental de la disolucion y ruina de los pueblos de la Gália en lo que hoy va acelerando la destruccion de la Europa entera: y es la desunion é incoherencia de las fuerzas que resisten, y la unidad de la fuerza que ataca.

Léjos de vosotros, europeos, las teorías que hasta ahora han dividido á vuestros políticos, y que no han servido sino para enervar la fuerza directora de los gabinetes en defensa de la causa comun de vuestro continente. Hay entre ellos quienes han mirado el trastorno actual como la obra directa de la providencia, cuyos decretos explican maravillosamente, siendo bien facil percibir las conseüqencias perniciosas de este fatalismo. Otros atribuyen todo á los exércitos, y segun su modo de pensar, hoy triunfan por el número, mañana por los talentos del general, y pasado mañana por un genio propio que los conduce á la victoria. Tan presto es un ataque precipitado, tan presto un ataque tardio, tan presto la pèrdida de un desfiladero, y tan presto la inferioridad de sú artillería volante, lo que hace sucumbir á los soldados de los reyes delante de los soldados republicanos. Otros descubren una conjuracion secreta, invisible y universal contra el trono y el altar. Vienen despues los acusadores armados de un genio corrosivo para interpretar todos los reveses por

la subordinacion demasiado servil de los ministros y de los generales; y no faltan quienes dexándose llevar de su imaginacion romancesca, hacen de la revolucion un capítulo del Taso ó del Ariosto, y tienen á sus órdenes un genio sobrenatural invulnerable é irresistible, cuyo talisman se burla de las resistencias, y hace desparecer súbitamente las montañas, los cañones, los abismos, los dragones y las murallas. Si hay algun hombre que, despreciando estos diversos poemas, trata de exâminar en la naturaleza ordinaria de las cosas, qual la historia de los siglos nos la presenta, la solucion de este problema; pasa por un espíritu demasiado caústico é impertinente, y dichoso si puede libertarse de la gavilla de visionarios que gradúan sus opiniones como una energía oculta, y de las quales debe desconfiarse.

Sin embargo es menester pronunciar á la faz de todo el mundo la triste verdad de que vuestra Europa hasta ahora ha marchado en busca del objeto de su redencion al abrigo de una calma traydora, pero entre escollos y precipicios que han ido tragando sus estados uno á uno. Es menester decirla ya, que la misma táctica de dividir que emplea la Francia revolucionaria sirvió en otro tiempo para que los romanos se hiciesen dueños

de la Grecia, de las Galias, y de la Asia menor, aunque sin emplear las infames artes de la mentira y pérfidia; de que se glorían los que se dicen sus imitadores. Es menester recordar que los bárbaros invadian el imperio de occidente y de él se apoderaban, porque reynaba la mayor tranquilidad y sosiego en Constantinopla, igual á la que tuvo la Europa quando la llegada de Mahomet II. sobre el Bósforo; y es menester por último recordar á esta Europa y á los gabinetes que la dirigen, que quando el gran Aníbal representó á Antioco la necesidad de resistir á la ambicion y á la politica de los romanos ántes que acceder á una paz que iba á perderle, sus ministros, sus cortesanos, sus aduladores le pintáron á Aníbal como un extravagante, y á los romanos como amigos necesarios; y es bien sabido por qué condiciones humillantes tuvo que pasar este rey tan bien aconsejado.

Este exemplo de debilidad es el que se ha visto repetido por toda Europa desde los primeros instantes de la revolucion francesa. Cada gobierno se dexó llevar á donde le arrastraba un interes parcial mal entendido, abandonando la causa comun á la merced de la casualidad. Hubo confederaciones, pero poco sistemáticas: y su dispersion fué de ello el resultado indispensable é inmediato, sin haberle previsto las conseqüencias funestas de este

egoismo de la politica. No se pensaba sin duda que debe presentarse como maravillosa la duracion y la subsistencia de una liga que no es inspirada ni sostenida por un entusiasmo comun, politico ó religioso. No se pensaba que aun en medio de este entusiasmo, alguna vez no corresponden los efectos á las esperanzas que se cifran en él: que el célebre Gústavo Adolfo encontró muchos obstáculos que allanar ántes que llegase á confederar los principes protestantes de la Alemania: que hubo ocasiones criticas en que la union estuvo á pique de romperse: y que á no ser por las conquistas rápidas de las armas suecas, y por la infatigable destreza del chanciller Ogenstierna, esta guerra memorable, á la qual andaban unidas la independencia de veinte soberanos, la libertad de las conciencias, y la suerte del imperio de Alemania, no hubiera resistido treinta años á las divisiones intestinas que parecia iban á acelerar la ruina de aquellos gobiernos. No se pensaba tampoco que si en el siglo XI. la Europa entera, dócil á la voz de un monge, se precipitó sobre el Asia para librar el santo sepulcro; mayores, mas importantes y mas sagrados intereses eran los que llamaban en fines del siglo XVIII. á una especie de cruzada política que exâltase la imaginacion de sus guerreros, que reuniese los intereses de sus gobiernos por medio de un

sentimiento uniforme y apasionado, que identificase las naciones por medio de una comunicacion de opiniones patritóicas, y que sofocando los zelos, aniquilase la diferencia de los climas, de los usos, de las leyes, de los intereses, y hasta la de las lenguas. Y no se pensaba por último que quando tan nobles sentimientos de honor y de gloria no pareciesen poderosos para coalizar á todos los espíritus; la imágen de la calamidad universal que amenazaba convertir el mundo en un vasto cementerio, debia sin duda sublevar todas las pasiones conservadoras del interes público y del interes personal.

Pero los gobiernos han tomado una direccion inversa. Miraron la guerra revolucionaria, no como un azote que se dirigia contra los pueblos, es decir, contra los sagrados derechos de la propiedad individual, contra la libertad política y civil, contra la independencia, contra la religion, y contra las conciencias; sino mas bien como una conspiracion armada contra las distinciones, las gerarquías, y los tronos solamente. Así fué como cada qual, ciñéndose á la pequeña órbita de sus intereses particulares, se dedicó en medio de ella á negociar su seguridad, que no era dificil lograr por un momento, de una república que habia profesado en 93 el ateismo, y que no conocia otra moral que la de su utilidad

propia y exclusiva. Así fué tambien como el mismo gobierno, ora excitando á las naciones beligerantes á entrar en los congresos que con un aparato extraordinario, hizo proclamar para la pacificacion general, ora empleando secretamente y por medio de sus emisarios las pérfidas artes del embuste y de los zelos, y ora en fin mudando á cada paso de figura al favor de las revoluciones parciales que sufrian sus consejos y su directorio, ha logrado abrir la caxa de Pandóra de donde salieron los males de la division que inundaron la tierra.

Sí, Europeos: de esta caxa salió la division, la mejor aliada, y el mejor exèrcito de la república francesa. Esta division es la que ha resistido á los exemplos, á la razon, á los avisos, y á los socorros de la generosa nacion inglesa que debeis mirar como el único baluarte de vuestra libertad civil, y la misma division resiste todavía á todas las tramas de aquel gobierno, á sus traiciones, y á sus invasiones interminables. La Italia dexó al rey de Cerdeña aislado en el campo de batalla, y la Italia ha sufrido su suerte. El rey de Nápoles se ha visto abandonado, como lo habia sido el rey de Cerdeña, y lo habia sido el papa. La confederacion helvetica ha visto perecer á Berna, y á Underbald sin haberles enviado ni un soldado. El imperio ger-

mático se juntó en Rastad á deliberar sobre su disolucion, y para precipitarla por medio de la confusion de las ideas, de los intereses y de los proyectos. Moviéndose dentro de un círculo vicioso trazado por los plenipotenciarios del directorio, jamás pudo fixar la verdadera qüestion que se trataba. Antes de escribir una sola nota, este imperio habia sancionado su ruina, reconociendo el engrandecimiento colosal de una potencia á la qual no podia oponer otra cosa que disertaciones de derecho público. Porque en efecto ¿ qué tendria que decir á los que dexaba dueños de la Italia, de los paises baxos, de la Holanda, de la Suiza, y de los territorios de entre el Rin y Mosa? ¿Qué significaban estas contestaciones sobre una pequeña parte del territorio quando se abandonaba todo lo demas? Tal era la equivocacion con qué empezó este congreso, y con que continuó despreciando siempre los principios de la revolucion, y no cuidando sino de los accesorios y de sus menores conseqüensias. La cesion de la orilla derecha del Rin siguió inmediatamente á la de la izquierda sin mas esfuerzos que los de una nota. Entró el plan de las secularizaciones, manzana de la discordia, y preludió de la confederacion del Rin, cuya perfeccion estaba reservada al general aventurero que desde el Egipto á donde no se sabe si le ha-

bian llevado proyectos de una segunda caballeria andante, ó mas bien los de la seguridad personal de cinco directores, convertia sus miradas atroces y sombrias hácia las calamidades que cubrian el suelo de la Francia, calamidades que él mismo habia preparado, puesto que se sabe muy bien que la metralla de los cañones de Barrás dirigidos por él mismo fué la que solemnizó en 6 de octubre de 1795, *la libre y unánime consagracion de la llamada constitucion del año 3°.* destruyendo asi de un golpe la segunda que habia sido fruto de las discusiones de una convencion, y profanando abiertamente todos los derechos de la representacion y de la soberania nacional.

No nos engañemos sobre un hecho que no puede inculcarse demasiado. Bonaparte fué quien se proponia ya desde mucho ántes de su viage á Egipto, mandar sobre las ruinas de la madre patria, patria adoptiva que le habia traido á su seno desde Córcega, para que con el tiempo la devorase. El fué quien promovió constantemente la anarquía, y encendió las facciones, presentandose con la máscara del patriotismo, y hecho un *Protéo* de los principios y doctrinas mas opuestas, segun convenia á su política. El fué quien desorganizó todos los elementos del derecho publico de Europa, substituyendo la fuerza y

la perfidia al respeto de las convenciones; y él en una palabra, quien dió las primeras lecciones al *vandalismo*, que sabe desempeñar con tanta perfeccion sus legiones. Veasele sino en Italia desde 1796, y se le encontrará con el doble caracter de xefe del exercito y de la revolucion. En su mano mas sirvió la tea del fanatismo, que su espada. A cada paso encendia montones de azufre y de betun. Los Jacobinos y los traidores de todas las clases llamaban las victorias de los franceses, las auxîliaban, y ellos las habian preparado. Los imperiales se hallaban colocados entre el peligro de los progresos militares del enemigo, y entre las tramas y las conspiraciones de sus complices. Ningun derecho, ningun respeto humano, ninguna reclamacion detuvieron ni por un instante á este conquistador. Todas las propiedades de Italia llegaron á ser la presa de su codicia; y ahora bien, europeos, ¿creereis que si vuestros Catinat, Bendoma, el principe Eugenio, el conde de Gages, el mariscal de Mailebois hubiesen conocido la teoría y el derecho de la guerra de 1796, la ciencia de las requisiciones, el arte de robar sin misericordia las propiedades públicas y particulares, de despojar las iglesias, los monasterios, los montes de piedad, de acumular rapiñas sobre rapiñas, y de tratar á los paises donde entra un exér-

cito; como una tierra en donde se vende á subhasta todo lo que no se puede llevar fácilmente, creereis, vuelvo á decir, que aquellos generales se habrian visto obligados á conducir en su tiempo campañas tan largas y penosas. En un pais erizado de fortalezas, qual es la Italia, Bonaparte no ha atacado ni una sola plaza. Todas las ciudadelas del Piamonte le fueron entregadas. El castillo de Milan se le rindió sin forma de sitio. Mantua cayó de resultas de un bloqueo que pudo hambrear á sus defensores, y este heroe que quiso establecer en el Egipto el mismo plan que se habian calificado de aëreo desde los brillantes dias de Luis XIV, vino despues de un sin numero de excursiones, de caricaturas y arlequinadas que desempeñó en las pirámides, á dexar su gloria marchitada delante de las murallas de S. Juan de Acre, solo porque esta plaza, aunque de tercer orden, tuvo la felicidad de estar defendida por un Sidnei-Smit que no conocia otros principios que los del honor, y los de la bravura. De manera que quando de la invasion de 96 en Italia, y de todas las demas campañas de Bonaparte se separan las causas de sus succesos, extrangeras á la ciencia, al valor, á la superioridad militar, desaparece la grandeza colosal de las victorias que fundaron la reputacion de aquel hombre.

A pesar de todo, este mismo hombre fué mirado como el unico que podia en fines de 99 salvar la republica de vuelta de la cruzada africana, que habia desertado cobardemente. Se presentó á los franceses como un objeto de la admiracion y del amor universal. Su poder fué á sus ojos incontrastable, y el atrevido paso de Sant Cloud sostenido por un plan muy meditado de traidores á la constitucion y á la republica puso en su mano el consulado, y con él imperio usurpado, que ha sabido asegurar hasta ahora con una constitucion, punto de eterno reposo, porque ni puede servir á los designios de ninguna faccion, ni dar armas á los agitadores.

Desde entonces empieza la apoteosis de este heroe, y de este legislador, que no contentandose con ser un exâcto imitador de Cesar en sus defectos y vicios, aunque no en sus virtudes, quiso como otro Solon ó Licurgo, pero sin los talentos de estos sabios de la Grecia, visitar la antigua Menfis, y hacer una peregrinacion de las mas extravagantes que pueden ofrecer los anales de la filosofía. Desde entonces para decirlo de una vez, han cundido por dó quiera enxambres de historiadores optimistas que veian todo en Bonaparte, así como Malebranche lo veia todo en Dios, es á saber, al salvador de la

republica por la admirable combinacion de un sistema representativo con una institucion senatorial y consular, escudo contra el antiguo realismo, por el establecimiento de un poder que segun ellos reemplazaba la monarquia, sin tener ni sus inconvenientes, ni sus peligros. Mas claro. Miraron á Bonaparte como al pacificador de la Francia, y de la Europa, como al mediador que debia reunir los partidos, y como á un genio vasto, y profundo que despues de haber imaginado el orden verdadero de cosas, se habia apoderado de los medios oportunos para mantenerle. Ofreciendo siempre la paz como el unico bien que restaba para ilustrar la edad de oro de que se proclamaba autor, pues que se atrevió á decir, y con mucha razon, *que nada habia que fuese semejante á los principios del siglo XIX*, no ha habido momento en que no hubiese desmentido sus palabras con sus obras. No bien se habia instalado en su nueva magistratura, y se apoderó de la Italia, aprovechandose de la division de alemanes y rusos, quando dirigió sus miras hácia la Austria, á la qual una convulsion politica, que habia producido el plan de las secularizaciones, y el choque de intereses encontrados de los principes de Alemania, agitaba con una fuerza tan violenta como oculta, y que de un momento á otro iba á desplomar el edi-

ficio de la constitucion que habian respetado los siglos. Ya no exîstia el imperio de las máxîmas, conservador mas seguro que los tesoros y los exercitos. Todo se habia desmoralizado, y el nuevo consul, llevando en una mano la oliva de la paz, y en otra el hierro de la desolacion y de la muerte, no para ofrecer en publico la alternativa entre una y otra, sino para alucinar con la primera á los que se proponia conducir al sosiego de la segunda, caminaba hácia Austerlitz bien seguro de la victoria que le prometian las intrígas con que sorprehendió á la Prusia, y la falange de sus emisarios que precedian á su carro de triunfo.

Este fué el momento fatal de la desorganizacion de la Alemania. Una nueva confederacion apareció presentando á la casa de Austria la triste perspectiva de la humillacion de su dignidad, y de la destruccion de su misma exîstencia. Desde la misma Viena, y dentro del mismo palacio de María Teresa se forjaron los rayos que debian exterminar los gobiernos de Napoles, Portugal y Madrid por una parte, y herir por otra los altos capiteles de los palacios de Berlin y de Petersburgo.

Se difirió por un tiempo la execucion de este politico anatema, cuya direccion amenazaba desde luego á la corona de Portugal,

despues que el rey de Napoles tuvo que acogerse en los estados de Sicilia. Hubo un instante en que el rey de Prusia quiso entrar en la senda de la gloria y del honor enmendando sus pasados errores: pero era ya tarde. El astuto Napoleon mucho ántes y al favor de la victoria de Marengo, ganada por el célebre Dessaix, y que le dió la Italia por la segunda vez, habia consolidado su poder, ó su usurpacion levantándose con el imperio. Habia socabado tambien los cimientos del solio en donde reynara con gloria el gran Federico, y en siete dias la campaña de Prusia y la victoria de Jena descubrieron á los ojos de todos los sensatos, que es fácil vencer cien mil soldados diestros y aguerridos, quando no es el valor y la fidelidad el que los dirige, sino la secreta inteligéncia y la traicion.

¡O desgraciados, generosos españoles! Sobre vosotros va á caer todo el peso de estas huestes de vándalos, y todo el poder de la mentira y del engano luego que se hayan desembarazado de los cuidados del norte. A trueque de conseguirlo no reparará Napoleon en sacrificar todos los individuos de la generacion presente, si fuese necesario, y todos los tesoros robados á las naciones que hizo felices solo con su palabra. Ya le visteis co-

mo despues de haber recorrido á fuer de un nuevo Atila los campos de la Alemania oriental, y los desiertos de la Polonia, teatro en otro tiempo en donde una nobleza fogosa y llena del entusiasmo de religion, habia sostenido con gloria uno de los mas brillantes tronos; se apostó á las orillas del Vistula, y allí sufrió todas las incomodidades del mas cruel invierno y los grandes sacrificios que le costaron las batallas de Eilau, Friedland, y otros encuentros con los exércitos rusos. Le visteis tambien con quanto entusiasmo se dió prisa á las primeras ventajas que le facilitó la traicion, por galantear la gracia y el favor del emperador Alexandro, de quien obtuvo una paz, cuyas condiciones son todavia el misterio de toda Europa, pero que sin duda no habrán sido propuestas por el mismo Napoleon sino para adormecer á su amigo con promesas grandes y lisonjeras todo el tiempo que le fuere necesario para cerrar el imperio del mundo, estando reservado el mismo Alexandro para concluir la comparsa de este gran triunfo.

Si, españoles, vosotros erais los hijos predilectos, que debiais ántes que Alemania y Rusia, solemnizar esta augusta ceremonia con que un corso iba á poner el sello á su usurpacion. El monstruo que abrigabais en vuestro seno estaba puesto de acuerdo con él pa-

ra entregarle las vastas provincias de la dominacion española, no ménos que la desgraciada víctima sacrificada á su ambicion, y que es el ídolo de vuestros corazones. El escandaloso proceso del Escorial, los atropellamientos inauditos que en él se hicieron contra la justicia y contra las leyes, para sojuzgar, aunque en vano, la entereza y la rectitud de los primeros magistrados de la nacion, y los exquisitos medios que se emplearon para dar una apariencia de honestidad á lo mismo que estaba publicando la mano oculta del crímen y de la perfidia, todo, todo indicaba que habia el mayor de los intereses en aquella farsa hasta la última escena, y en que su desenlace no se desgraciase. ¡Ah españoles! Yo aunque africano y bárbaro criado en los ardientes climas de la Numidia, y sin las luces que para oprobio de la razon ofrece vuestra corrompida Europa, he conocido todos lo ocultos manejos que levantaron las tempestades y las divisiones entre los individuos de vuestra casa real. El que habia destruido á los Borbones en Nápoles, Florencia y Portugal, el que habia hecho asesinar al duque de Enghien, violando todos los derechos de la hospitalidad y de la confianza; no, no era posible que perdonase á los Borbones del palacio de Madrid. Se concibió este atrevido proyecto, y al punto se

trató de su execucion. Miéntras la discordia paseaba su faz insolente por los altos alcázares, y miéntras el monarca estaba entregado al mas profundo letargo reposando en los brazos del mismo privado que le estaba abriendo su sepultura, el clarin de los exércitos franceses resonaba desde la cumbre de los Pirineos, pero anunciando *que la paz, la alianza de las dos naciones, y su recíproco interes* era lo que los traia hasta las orillas del Tajo y de Manzanáres. Doscientos mil combatientes venian desde varios puntos de las fronteras de Francia á *fraternizar* con vosotros, y á celebrar, segun se dexaron decir á las primeras salutaciones, las fiestas nupciales que debian unir eternamente al Tajo con el Sena. Tal era el aparato al qual debian concurrir tantos y tan autorizados testigos; pero en silencio sombrío se trataba de entregar á la fuga á toda la familia real, á imitacion de lo que habia sucedido á la casa de Braganza, para que encontrando las tropas francesas vuestro territorio sin gobierno, sin una cabeza ó cuerpo ostensible que os pudiese representar y hablar por vosotros, y sin fuerzas ni caudales que pudieseis emplear en una justa defensa, tuviescis que subscribir indispensablemente á las leyes que os quisiese imponer el invasor. ¿Y qué podriais hacer quando corrompidos todos los elementos de la ener-

gia, del valor, y hasta de la razon misma por la esclavitud de veinte años, ni podiais contar con una armada naval que habiais perdido en las aguas de Trafalgar y San Vicente, ni con exércitos de tierra que se habian alejado para perecer en los hielos del norte en obsequio de vuestro buen aliado, ó le servian para conquistar á Portugal ó andaban desarmados y dispersos sin ser posible organizarlos en un momento.

Pero gracias al grande Alá, parece que exclusivamente os ha dado; ó Españoles! la mayor energía posible quando os hallais estrechados con la mayor opresion posible tambien. La revolucion de Aranjuez hizo ver á toda la Europa, y aun á nuestra Africa inhospital que sois capaces de las mayores empresas, y que sabeis sostener tambien la fidelidad que profesais á vuestros reyes, como descubrir y aterrar á los traidores que se oponen á ella, aun estando rodeados de los genizaros, en quienes en esta ocasion depositaron su confianza, aunque en vano, porque la voz de la Patria fuè mas respetable á sus oidos, á excepcion de algunos extraviados.

Yo mismo me congratulè con vosotros de tan generoso esfuerzo de lealtad y patriotismo, y yo mismo mezclé con las voces y los signos de vuestro alvorozo los cánticos de ala-

banza que merecian vuestras virtudes, pues aunque de distinta religion, y aunque acordándome de la expulsion que sufrieron nuestros padres de vuestro territorio despues de 700 años de lucha en vuestra península, tengo sentimientos de humanidad exâltados hasta un grado heróyco, así mismo son exaltados de la venganza contra quienes nos oprime. ¡Mas quán pasagera debia de ser esta ilusion! Ni vosotros ni yo conociamos á Bonaparte, ni habiamos registrado las infames paginas de su historia.

No sabiamos que este monstruo escribiendo sobre las ruinas de Genoba y de Venecia la sentencia de los estados neutros divulgaba á la Europa los misterios del palacio de Luxemburgo: que su audácia y perfidia, su cobarde hipocresía convinada con unas usurpaciones tan descaradas anunciaban en él un enemigo de todo el sistéma social: que revolucionario por temperamento, conquistador por el soborno, injusto por un instinto, insolente en la victoria, baxo y mercenario en su proteccion, saqueador inexôrable, mas terrible por sus artificios que por sus armas, y dado á deshonrar el valor por medio del abuso estudiado de la fé pública, no podia ménos como lo habia hecho siempre de coronar la inmoralidad con las palmas de la filosofia y la opresion con el gorro de la libertad: que este era el mismo corso que despues de haber mandado arcabu-

cear á los patriotas del Piamonte, aprisionado á su rey desarmado é indefenso en medio de su palacio, profanado el capitolio y el santuario de la religion colocado en su lugar, y abiértose camino en Saint Cloud á la usurpacion de la soberanía del pueblo, no era posible que prosiguiese su camino sino por entre crìmenes, los únicos en que podia afianzar las esperanzas de su impunidad, que es el concepto en que abundan todos los malvados. En una palabra no habiamos pensado que este Corso habia llevado á todas partes en una mano la antorcha de Herostrato, y en la otra el sable de Genséric, y que su marcha habia sido siempre la de ir enterrando los estados en que entraba nuevamente baxo los escombros y ruinas de los que acababa de invadir. Y no habiamos considerado que así en Suiza como en Holanda, en Holanda como en Milan, en Genoba como en Roma, y en todas partes como en París, la revolucion conducida por este general ha descrito el mismo círculo de las insurrecciones, de las violencias, de las arengas, de los folletos, y de los crímenes para destruir la autoridad legìtima, empleando para conservar la usurpada los asesinatos, las proscripciones, los soldados, las confiscaciones, los impuestos, los destierros, y la compresion de la libertad de la imprenta y de la palabra.

Así vino el momento en que desapareciese de vuestros ojos el amable Fernando arre-

batado allende los montes por la seduccion y la perfidia. Llamado á los brazos del malvado Napoleon con las señales exteriores y placenteras de la sonrisa que disimulaba el interior engañoso de su alma negra y criminal, fué como otro Anteo ahogado entre los mismos brazos del que quiere pasar por un segundo Hércules; y lo fué en el mismo instante en que se separó de sus españoles, y perdió con la única fuerza oculta que le debia hacer invencible.

¡Memorable dia 2 de Mayo, dia que debe ser sacrosanto en todas las historias! Tú rasgaste el velo de la seduccion que á la sombra de los pomposos nombres de *independencia*, *regeneracion*, *libertad*, *y fidelidad* tenia adormecidos los ánimos de los españoles quando se hallaban en la orilla misma de su precipicio. Tú hiciste ver á un tiempo que el usurpador iba á consumar el plan de la transmigracion de todos los individuos de la familia real á Francia, para que rodeasen el pedestal de su usurpacion, y no ménos hiciste ver que un Pueblo desarmado, sin direccion, y entre un sin número de traidores era capaz de detener el altivo vuelo de las aguilas imperiales, y de hacerlas perder la arrogancia que habian manifestado en otros paises. Tú en una palabra diste la primera señal á la España entera para el sacudimiento milagroso de su libertad, que desde

Cádiz á Gijon, y desde el Cabo de San Vicente hasta Ampurias se ha notado apénas en el espacio de dos meses, y que ocupa ya la admiracion de toda la tierra.

A la primera impulsion del esfuerzo español que produxo tan glorioso dia, se añadio para multiplicarla hasta lo infinito el espectaculo de tantas y tan valientes víctimas como fueron sacrificadas con sangre fria y reflexîva á la venganza francesa, víctimas que yacen en el reposo eterno de su suelo nativo para recordar á la posteridad atónita y agradecida los beneficios de su libertad cifrados en el sacrificio que arrostraron en el altar de la patria, y víctimas que exîgen imperiosamente de sus compatriotas que se les levanten monumentos eternos en el sitio mismo en que yacen. Los manes de estos héroes acudieron á inspirar á sus hermanos de Asturias, Galicia, Montañas Aragon, Valencia, y Murcia, Andalucia, Extremadura, Castilla, Cataluña y Mancha, el sentimiento generoso de la venganza, principio de las grandes acciones que han caracterizado á sus antepasados. La renuncia tan nula cõmo vergonzosa del desgraciado monarca, cuyos ojos no fueron desvendados sino para ver el precipicio ó el abismo en que le habia hundido su credulidad, y para palpar la imposibilidad de su salida; la abdicacion de

los derechos al trono arrancada con violencia y con astucia del virtuoso Fernando, digno de mejor suerte en los padres que le dió la naturaleza, todo acabó de entusiasmar el ardor nacional, y todo irritó los ánimos de los españoles nacidos para prestarse con franqueza y generosidad á las invitaciones de la amistad, mas no para dexarse domeñar ni por la fuerza, ni por las artes tortuosas de la astucia, y mucho ménos de aquella que trata de ganarlos con apariencias que ultrajan la razon humana, presentándola como estúpida.

¡Oh, nobles Europeos! A vosotros todos dirige la palabra un africano que no conoce la adulacion. Los españoles de hoy mas deben ser para vosotros un exemplo constante de la conducta que debeis observar con el gobierno frances, sean quales fueren las mudanzas que le sobrevengan, y hasta que le extermineis y quitéis de sobre la haz del mundo. Oid la mas estupenda maravilla comparable á las muchas que obró el grande Alá por medio nuestro profeta.

Miéntras que el uracan revolucionario bramaba todavía por el continente y amenazaba de dia en dia romper alguna nueva rueda de la máquina social ya decaida, miéntras la mitad de Europa, ó por mejor decir la mayor parte de ella apénas acababa de salir del

susto y terror que le habia impuesto un enemigo tan pérfido y astuto, como insolente, y extremado en abusar de la victoria: miéntras en Bayona una porcion de españoles eran forzados á subscribir á todas las insinuaciones del tirano, y encadenar baxo su mano de hierro á su patria desgraciada: miéntras este coloso, escondiendo su cabeza altiva en las nubes, trataba de poner un pie en el emisferio americano, y otro en las costas del mar glacial para abarcar dentro de su cabidad la del mundo todo; y quando preparaba los hierros de la esclavitud con que debio sujetar á un millon de españoles para llevarlos á las orillas del Danuvio, del Vistula, al Bósforo, Ganges, Nilo, Senegal y hasta el mismo Niger, el pueblo español conducido por solo el peso de la razon, del honor nacional de la confianza de su buena causa, del entusiasmo de la religion se acordó de la fuerza de su energia. Acudió presta en su auxilio la Inglaterra, esta nacion generosa y liberal, que aunque insultada por nuestro antiguo gabierno, lo olvido todo por servir á la causa de la libertad y de la civilizacion. Armas, municiones, dinero y hasta hombres; todo, todo lo prodigó en obsequio vuestro ¡ ó españoles ! y para daros y á todo el mundo una prueba concluyente de su ilustrada filantropía, mas efectiva que la de nuestros seductores, acaba sino me enga-

ño de abrir una subscripcion de 150 millones de reales para socorrer las viudas é hijos de los que murieron y mueran por la patria. Nacion grande por cierto, y que merece que sus beneficios no se vean frustrados. No lo serán por el pueblo español que acabó en pocos dias con mas de cien mil hombres en los paises de la Andalucia, y cerca de las mismas Navas de Tolosa ominosas á nosotros los africanos por la mengua que allí sufrieron nuestras medias lunas: tambien en los campos de los antiguos cèltiberos, y en derredor del primer santuario de la christiandad: tambien en las llanuras de la misma Valencia, que en otro tiempo admiró las proesas del Cid, uno de los primeros y mas honrados capitanes de la tierra: tambien en las planicies de Castilla y cerca de la poblacion que fué en el Siglo XV. uno de los mas célebres empóreos de las mercancias y manufacturas españolas: tambien en las orillas del Cinca y del Llobregat; y tambien en la provincia de la Mancha, aunque sin xefe ni plan alguno para su defensa.

Hasta la antigua Lusitania llegó la fuerza de esta extraordinaria impulsion, cuya sacudida puede decirse que ha decidido ya la redencion de aquel pais, y destrozado los pomposos laureles que por medio de los ocultos manejos del engaño, y á fuerza de sacrificar

hombres, lograron arrancar en Lodi, Arcóle, Egipto, Marengo, Austerlitz, Jena, Eilan, Frieland, Mantua, Bórmida y Nápoles los Junot, Dupont, Moncei, Bessieres, Lefebres, y hasta el mismo Napolcon, que ha ocupado toda su magestad desde el sitio de Marrac en dirigir los movimientos de sus satélites, aunque siempre conservando el centro de su órbita, porque llegó á temer aunque tarde á los mismos que ántes habia presentado á la expectacion general como *viejos*, *estropeados y sin recurso humano*.

Tambien el océano quiso solemnizar la pompa de la gloria nacional española con el triunfo que añadió de varios navios de linea franceses, apresados en las aguas de Cádiz; y para decirlo de una vez, la providencia ha querido despertar á los franceses del sueño profundo y letal de ocho años de esclavitud monstruosa despues de haber sufrido todos los desórdenes de la anarquia, y ya por fortuna los restos de este exrcito de vandidos abandonan el territorio español, ó llamados por el tirano ó por nuevo gobierno que quiere conquistar vuestra afeccion, pero dejando en todas partes muchos de los objetos robados por su rapacidad insolente, y las señales de la fuga mas vergonzosa.

¡ Ah ! Al llegar á este punto de mi discurso quisiera evitar, ó españoles, la pesadumbre y el sentimiento que os debe causar el contrastre con vuestras victorias de los excesos y crimenes de los mismos franceses, que venian á fixar en vuestro territorio la holganza y la bienaventuranza civil y politica. No, no son los exércitos que habeis visto los que dirigian Catinat, Condé, Bendoma, Villars, Villerroy, Luxemburg y Turena. Son mas bien unos Tártaros, que nacidos en el seno de la guerra, y para la guerra tratan de traslimitarse de la república madre que ya no puede alimentarlos para arrojar fuera de ella el excedente de sus fuerzas, para empaparse en las riquezas de los nuevos territorios que buscan, y para asegurar en ellos sus subsistencias, su sueldo, y hasta su vestuario. De aquí la opresion fiscal y militar que devoran los paises conquistados, y que se extienden sobre estas emanaciones revolucionarias, sobre estos gobiernos tributarios que Napoleon se ha desdeñado, no de saquear, sino de incorporar á la Francia. No son estos conquistadores del mundo aquellos romanos, que llevaban con el yugo militar una policia, leyes sábias, y un genio criador, que abrian caminos, introducian la cultura y las artes, y los establecimientos de munificencia ilustrada, que todavia atestiguan los monumentos que ha preservado el tiempo,

y de que está llena vuestra España. Léjos de poder ponerse al lado de estos hijos privilegiados de Belóna, no merecen ni aun que se les coloque á la par con los Arabes Veduinos. No se diferencian de ellos sino por la hipocrecia y el charlatanismo. Generales, administradores, comisarios, rentistas, oficiales, y hasta los acádemicos, todos, todos se han reunido en el punto central de convertir el derecho de conquista en derecho de confiscacion universal. Ningun genero de propiedad pública ó particular ha resistido á su rapacidad. Enemigos ó neutrales, republicanos ó monárquicos, sumisos ó rebeldes, todos, todos los pueblos que han tenido la dicha de ser visitados por estos devotos peregrinos han sufrido igual tratamiento. La presencia de los exércitos, la posesion de las plazas de guerra les facilitan renovar sin riesgo estas concusiones no interrumpidas, que el mismo esfuerzo de la venganza, sirve para multiplicar abriendo una nueva puerta á las rapiñas de los confiscadores. Roma conocio ciertamente á un Verres, pero la republica francesa tiene tantos, como xefes civiles y militares. La Sicilia fué vengada, y Verres castigado; ninguno empero de los vandidos que la Francia ha vomitado sobre la Holanda, sobre la Alemania, sobre la Italia, sobre la Suiza, y sobre la España. Testigos de esta verdad, y

bien recientes son Segobia, Cuenca, Valladolid, Medina de Rioseco, Córdova, Jaen, Anduxar, Tudela, Mallen, Santander, Buytrago, Palencia, el lugar de Venturada, y otros que no solo han visto con horror la violacion de las propiedades, sino tambien los mas atroces exemplos de inhumanidad y de incontinencia, exercitadas indistintamente sobre hombres, niños, mugeres, sin perdonar á las ilustres vestales que se creian seguras en el asilo de su retiro, y en medio de la santidad de los templos. Hasta quisiéron estos feroces soldados de la tiranía, resucitar en medio de vuestra culta Europa la infame institucion del cautiverio, que detesta en nuestros dias esta misma Africa, á quien vosotros, europeos, llamais bárbara é inhumana. Digalo sino vuestra ciudad de Barcelona, cuyos vecinos tienen que rescatar los inocentes hijuelos que caen en manos de los franceses. A esta extravagante investidura de conquistadores debia añadirse tambien la de académicos, para que en calidad de *amadores constituidos* pudiesen robar en nombre del gusto las riquezas de las artes, las bibliotecas, las colecciones públicas y privadas, y las rarezas de qualquier género que encuentran acumuladas, y que trasladan á su pais con el mismo conocimiento con que uno de los capitanes romanos trasladaba en otro tiempo desde

Corinto los milagros de las artes; pero ajustando con los conductores que habian de reponer á su costa las estátuas que se quebrasen en el camino. Roma moderna ha presentado la imágen de Constantinopla quando fué tomada por los latinos.

No ha estado libre el palacio de Madrid, ni sus tesorerías publicas de esta clase de expilaciones. Las de las iglesias han engrosado las de los particulares. A lo menos los godos de Alarico se retiraron despues de seis dias de la capital del christianismo. A lo menos este bárbaro quebrando los vasos y los estatuas respetó la religion, y no fué extrangero á la conmiseracion y á la equidad. En el segundo sitio de Roma de 409, el mismo Alarico consintió en álexarse de aquella ciudad, imponiendo á los sitiados una cotribucion de 50 libras de oro y 3?? de plata. En el dia un comisario solo ha robado en la misma Roma esta cantidad, y esto á pesar que la de entonces era tres veces mas opulenta que la de ahora. El vandalo Gensérico entregó esta misma ciudad á un pillage de catorce dias; pero quando el venerable San Leon se presentó á la cabeza de su clero para amansar la ferocidad del desvastador, Gensérico, no se atrevió como Bonaparte, á atentar á la libertad del Ponífice, no lo aprisionó en su pa-

lacio, no destrozó su tiára, no le lleno de ultrages, no saqueó su casa ni sus propiedades, no le arrojó de Roma, ni le confinó á Toscana, reduciéndole á la condicion de un peregrino, obligado á recibir una limosna de dos mil escudos romanos de los ladrones de su palacios, de sus muséos, de sus bibliotecas y de sus estados.

Los mismos arabes, nacion de este continente Africano, á la qual se le conoce poco sensible á los deberes de la justicia, fueron accesibles mas de una vez á la generosidad y á la lástima. Mil rasgos de su grandeza de alma conservamos nosotros con la historia de sus depredaciones. En una palabra acabaremos la reseña de la nacion francesa en este capitulo, manifestando que ella nació entre el robo y el asesinato, y que estos dos atutores la acompañaran hasta el último dia de su existencia.

¿Y qué diremos de la nueva constitucion que vosotros, ó españoles, os ha querido regalar la generosidad del grande Napoleon? Ciertamente no acabo de admirarme de la prontitud y facilidad con que se trazan, y se plantifican estos importantes descubrimientos del espiritu humano. Los legisladores antiguos, consagraban toda su vida para instituir el gobierno de una ciudad ó de una provincia, pero los legisladores de Paris organizan un imperio in-

menso en ménos tiempo que el que se emplea en bosquexar su carta geográfica. Así sucede lo que hemos visto en todo el curso de la revolucion, es decir, hacer y deshacer, texer y y destexer esta especie de manufacturas politicas. En 1789, la asamblea constituyente logró la dificil empresa de asociar la democracia á un realismo nominal. En 1791 una nueva constitucion fue inaugurada con las pompas del paganismo. No era una coleccion de leyes hecha por mano de hombres. *Era un sacramento instituido para la eternidad, una revelacion inmortal confiada á todas las generaciones.* Sesenta ancianos llevaron *este libro sagrado* á la asamblea legislativa que se prosternó ante el con un entusiasmo religioso. *Quatrocientos noventa y dos diputados han apoyado sus manos*, segun dice el declamador Ceruti, *sobre el evangelio de la constitucion, y han jurado defenderla hasta el último suspiro, y los siglos iban à perpetuarse sobre ella*, ocho meses despues esta constitucion espira entre los brazos y baxo los golpes de 492 diputados robustos á maravilla. Todos reniegan de este evangelio. Se le entierra al ruido del cañon en un lugar profanado con sangre las exêcraciones y blasfemias forman la múcica de su comboy: sus autores, sus prosélitos, son proscriptos, degollados, ó forzados á buscar en las cabernas ó á una tierra

extraña un abrigo contra los filosófos mas expertos que van á iluminar la Francia con un nuevo astro.

La republica es decretada. ¿Y de qué manera constituirla? Los de la Gironda presentan un bello manuscrito que en algunas centenas de parrafos debe fixar la prosperidad, la ciencia, y la sumision publica. Este nuevo libro costitucional es admitido por los conocedores como una obra principe, pero esta obra desaparece al punto en 31 de Mayo de 1793 con los que habian entendido en ella. El uno va á envenenarse á una prision: el otro es destrozado por los perros. Otra tercera casta de legisladores hace degollar á la segunda, y revisada é ilustrada por los xefes del terrorismo, la tercera costitucion suplanta los teorémas de Condorcet. A fuerza de prisiones, de inquisidores, de delatores, de asignados, de confiscaciones, de juntas revolucionarias y verdugos, duró con harto trabajo hasta 1795. Detestada entónces por la nacion y por sus representantes que dos años ántes la habian aceptado unanimemente, como que *formaba la grande época del genero humano*, hizo lugar á una quarta elaboracion trabajada con peso y medida por los maestros del arte, propuesta con solemnidad como el término de las variaciones, y autorizada con el consentimiento universal.

Todos los obstáculos ceden delante de este idolo. Se inventan formulas de juramento y jamas parecen bastantemente coerzitivas para mantener su inviolabilidad. Los profesores de derecho público, los sabios y los oradores analizan su contextura, y se esmeran en buscar en ella defectos; pero su conciencia y razon pura no descubren sino motivos de alabanza. Despues de sus sentencias los generales de la república van á instituir con espada en mano directorios, consejos de jovenes y ancianos en Lombardía, Holanda y Suiza.

¿Se trata de asegurar este código contra los ataques de la experiencia, contra la crítica de los sabios, y contra los dictames de los reformadores? Los exércitos de Italia y del baxo Rin deliberan y amenazan: sus generales, entre ellos Bonaparte se conmueven contra los sacrílegos: despachan sus gendarmes: los diputados del pueblo son arrojados de sus sillas en nombre del pueblo y de la ley: y vuelven á empezar las proscripciones.

Entónces se adelantan los sofistas descarados, los Garats, Guinguené, Lenoir-Laroche, los Bailleul, los Chernier, y ciento mas. Estos demuestran que fué necesario *mutilar* la constitucion para preservarla: *que ella estaba intacta aunque violada*: que el directorio habia sal-

vado el *sanhuario* y que era necesario jurar todas las decadas de perecer sobre la *primera brecha*. *Viva la constitucion*, repite el grito desde la Gascuña á la extremidad de la Alsacia, hasta que en el dia de ilustracion pronuncia el *oráculo* que la constitucion ha perecido, y que es menester darse prisa para hacer la quinta. Por último, y despues de varias oscilaciones vinieron los reformadores de Sant Cloud á presentarnos el asombroso secreto de una monarquía destemplada con ciertas apariencias de popularidad, es decir, un consulado (que despues se cambió en magestad imperial,) en que esta magistratura lo puede todo, y tiene la iniciativa para proponer un consejo legislativo, y un tribunado, cuyos miembros no pueden deliberar fuera de la esfera de discusion que les quieran prescribir los oradores del gobierno, un senado conservador, que elige para los empleos con el cónsul ó emperador sobre una porcion de candidatos que presentan los departamentos, pero despues de pasar por mil alambiques, y por mil conductos de representacion nacional, de manera que no se puede decir exista esta en realidad.

Tal es la historia de los exquisitos teoremas que han conducido á los legisladores de la Francia, como por escala desde el gobierno más oligárquico hasta el mas despótico en el espacio de diez años, y por esta muestra es bien

fácil hacer el heróscopo de la nueva constitucion española, que ha traido el digno hermano de Napoleon; constitucion efimera, y que apénas ha durado dos dias despues que ¡ó españoles! fué presentada á la sancion de vuestros tribunales, y fué jurada por alguno de ellos; y entre los quales no se cuenta el primero de la nacion.

Exáminadla por un instante, y en ella sobre el defecto de la autoridad de quien os la da, hallaréis tantos desaciertos como cláusulas. Se os anuncia en el tít. 1. art. 1. que la religion católica será la del rey y de la nacion, y que no se permitira otra, como si esto fuese un objeto de gracia que se pudiese negar si se quisiese, y si como mas bien no fuese una cosa independiente de toda constitucion positiva, como enlazada con la tranquilidad de las conciencias. Por el art. 2. tít. 2. se quiere trasladar á España la ley Salica que ha regido en Francia acerca de la sucesion de los reyes, como si en este punto no hubiese una fundamental establecida por las costumbres españolas, y desde muy antiguo, de que habla una de vuestras leyes de Partida. Se propone una formula de juramento que nada dice, porque no se invoca el nombre superior con quien se atestigue, ni se protestan las penas é imprecaciones contra quien falte á las promesas. Por el art. 3. se establece al rey menor de 18 años;

y hasta esta edad un regente que habra nombrado el predecesor, ó señalara el órden de parentela, y no se sabe por qué este ha de ser el sólo árbitro de la suerte de la monarquia, y no se ha de asociar á un consejo de regencia, que es el que se previene para en el caso de que no halla designacion del rey, ni parientes que tengan veinte y cinco años cumplidos para desempeñar la tutela. Por el tit. 4. se determina, es verdad, una quota cierta que el tesoro publico ha de entregar al de la corona, y no se repara que en la facultad ilimitada del rey de declarar la paz y la guerra queda abierta una inmensa licencia para la arbitrariedad y para el abuso en esta clase de dispendios publicos. En quanto al senado de que se habla en el capitulo 7, su institucion no forma contrapeso alguno en la gerarquia política á favor de la nacion. Sus miembros como nombrados por el rey, y de por vida no serán sino el éco de su voz, y es sacrílega á todas luces la facultad que se da á este cuerpo á propuesta del rey, de suspender el imperio de la constitucion por tiempo y lugares determinados, siendo seguro que el calificar las causas de esta medida, su duracion y los lugares quedan á discrecion de quien puede abusar en perjuicio de la libertad publica. El consejo de estado tiene segun la constitucion una voz consultiva meramente para pro-

poner proyectos de leyes civiles y criminales, y siempre venimos á parar en una superfectacion ociosa que podria subrogarse por la confianza de qualquier privado del monarca en el supuesto de quedar dueño de aprobar ó desdesechar. Por lo que toca á las cortes, las elecciones de los diputados que han de concurrir á ellas por parte del pueblo, ni guardan proporcion con su vecindario, ni con la extencion que debe darse á su derecho representativo, y estos diputados ni podran juntarse sino quando el rey convoque, ni disolverse hasta que dé la señal, de manera que el mismo rey será libre de fixar á su fantasia el objeto y la medida de la discusion, y comó por otra parte las sesiones de estas asambleas, no han de ser públicas, ni han de divulgarse ni imprimirse las votaciones y opiniones so pena de pasar por un acto de revelion, resulta que las mismas asambleas deben ser nulas, y que selo serviran para sistematizar y legalizar, si asi puede decirse, la tirania. Sobre el orden judicial no se percibe por què España y las Indias han de gobernarse por un mismo código quando en todos los del mundo culto, hay mil leyes de convencion positiva, que estan sujetas á las circunstancias y localidades de sus paises, genios de sus habitadores. Otras muchas observaciones podria hacer sobre esta constitucion todas encaminadas á persuadir que el rey puede por ella todo lo que quiere, quando quiera, y como quiera, y puedo asegurar que en concurencia de

una constitucion tan defectuosa, prefiero vivir en medio del depostismo de los gobiernos de esta parte del mundo, porque al cabo el hombre puede en ellos entregarse al imperio de la fuerza y de la naturaleza para oponerse á quien quiera oprimirle, y no se encontrara ligado con unas instituciones que menoscaban á cada paso su libertadad individual.

Ya es tiempo de que concluya este discurso con los consejos ó prevenciones que me dicta mi zelo y amor por la felicidad del género humano.

Europeos, ya estais en la época en que todos os debeis reunir para exterminar toda señal de gobierno en una nacion que es entuciasta, y lo ha sido siempre de los xefes buenos ó malos que la han dirigido. Franceses, unios con los que se proponen ser vuestros salvadores y sacudid el yugo de hierro que tanto deshonra vuestra ponderada civilizacion, borrando hasta la memoria de vuestras antiguas virtudes y talentos.

Gobiernos de Europa, llamad á vuestros pueblos, para que acudan á defender la causa comun. Llamadlos, vuelvo á decir, no por el sentimiento de la obediencia, como habeis hecho hasta aqui, y con lo qual no conseguisteis tener soldados, sino autómatas. Convocadlos mas bien por el sentimiento de los mas importantes y sagrados intereses, que son los de la propiedad individual, libertad personal, y hasta de la seguridad y conservacion de la vida, puesto que contra ellos se dirige la revolucion, y no contra los tronos y las gerarquias solamen-

te. Dexad de una vez esas consideraciones timidas de una prudencia demasiado reflexîva, que hasta aquí han presidido á vuestras deliberaciones; y unios á los valientes españoles, que os acaban de mostrar la senda de la gloria y del honor. Guerra eterna contra los enemigos de la religion, y del órden social de todos los pueblos de la tierra.

Generosos españoles, vuestra es la gloria de la segunda redencion del humanal linage. Proseguid la obra que habeis empezado, y nó temais á esos viles aduladores y traidores que arrojasteis de vuestro seno, ni á los que entre vosotros pueden todavia conspirar contra vuestra independencia. La causa de los pueblos siempre ha sido la mejor, y siempre la invencible, porque los tiranos pasan como el relámpago, y no dexan en pos de sus huellas sino tinieblas que cobren su exîstencia. Representantes ilustres, que formais en las varias provincias del continente español las juntas supremas que velan en los objetos de la defensa y de la seguridad pública, congregaos en Madrid, y estableced allì un gobierno central y uniforme que anuncie la iniciativa para juntar unas cortes ó estados generales, estableced de consuno una constitucion política, pero con pausa y madurez que sea la egída de la libertad civil y política de vuestra patria, de su independencia é integridad que la preserve da la influencia éxtrangera que atente contra su soberania. La constitucion inglesa he aquí un dechado que han respetado los siglos, y que podeis aplicar á vuestro pais con las mo-

01334

dificaciones que dicta vuestra localidad, vuestra religion, y vuestros intereses ultramarinos, que debeis afianzar en una alianza eterna con aquella potencia vuestra fiel amiga. Pero mientras todo esto se realiza no dexeis de organizar esta junta central que tanto deseo, y que debe dar una marcha enèrgica y segura á los negocios militares y politicos. Madrid es y sera siempre por su localidad el punto en donde debe residir la administracion soberana, y desde el qual puede esta dirigir con un exacto compás sus líneas á todas las partes de la circunferencia.

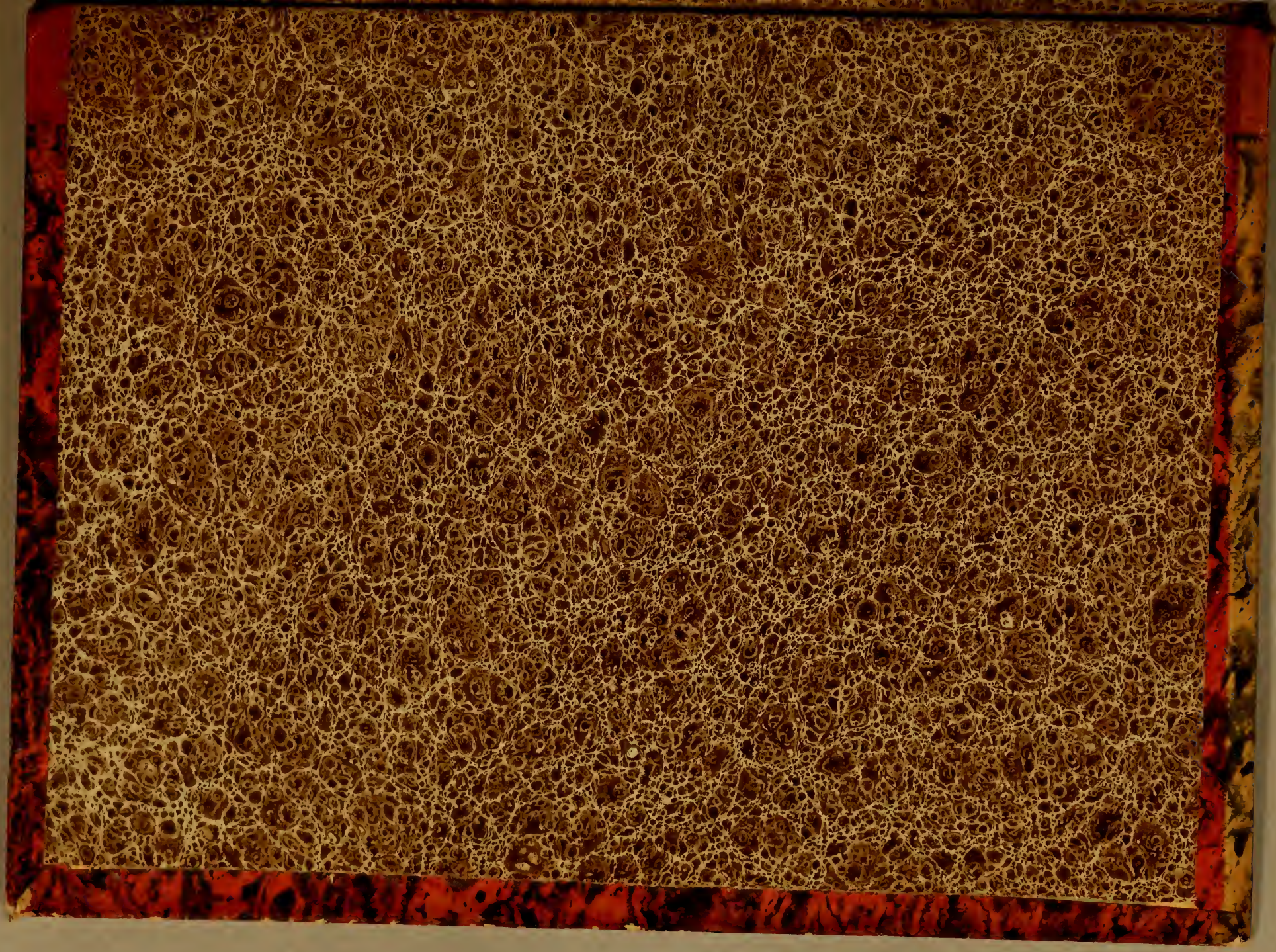
Españoles, sabios y hombres de probidad teneis que os ilustren con sus útiles tareas. Sacadlos de su retiro en donde los hundió un tiempo la mano de proscripcion que pesaba sobre vuestro emisferio. Bastantes exemplos habeis visto de cátrástofes y de calamidades. La impostura se destruye á fuerza de las victorias que obtiene. El imperio frances puede todavìa hacer cómplices de sus delitos, pero de hoy mas no tendrá ni amigos, ni estúpidos admiradores. Que unas naciones tiranizadas y pequeñas subscriban á la esclavitud que les presente el mas fuerte, puede aunque con trabajo perdonarse; mas un pueblo libre y un pueblo grande es responsable al mundo todo de qualquiera esclavitud á que se someta. O vuestra España debe destruir los monumentos de su gloria y rasgar sus crónicas, ó ella responde de la venganza de sus agravios, y de los de la humanidad entera. Tanger 6 de Agosto de 1808, primero de la regeneracion de España y de la Europa entera.

M. P. S.

EL Obispo de Orense ha recibido por el correo de la Coruña, con otra cubierta sobre la primera una carta del Escribano Secretario de V. A. D. Bartolome Muñoz con fecha de once de Junio. En esta se inserta la que se llama minuta de la Secretaría de Estado del Emperador de los Franceses, que queriendo hacer cesar el interregno de España à representacion de la Junta Suprema del Concejo, y de la Villa de Madrid &. &. &. proclama por Rey de España y de las Indias á su Augusto Hermano Josef Napoleon Rey de Napoles; y encarga se publique esta proclamacion en la forma acostumbrada; lo que V. A. ha ordenado se cumpla, mandandola imprimir, y circular.

El Obispo de Orense reconce en V. A. el instrumento de que abusa el Emperador Napoleon primero para perfeccionar una obra, que carece de fundamento y de solidéz, por lo que no podrá jamas subsistir. Esta tentativa tiene todos los inconvenientes, que presenté, contestando á la carta del Excelentísimo Señor Don Sebastian Piñuela participandome estar nombrado por la Junta Suprema de Gobierno por uno de los Diputados para el congreso de Bayona; y como esta se imprimió sin noticia mia. por haberse sacado una copia, aunque no del todo exâcta; no es necesario, habiendose hecho tan publica, repetirlos aqui.

Basta decir, que quanto se obró en Bayona de Francia, aparece nulo y atentado por la falta de libertad en los dos Reyes y demás personas Reales en sus renuncias; por el artificio y medios nada sinceros, y violentos de que se usó con ellas; y por el ningun concurso de la Nacion, la mas interesada en actos de esta naturaleza.

Suplicaba en conceqüencia al Grande Emperador

B714
P4Z6i
v.6